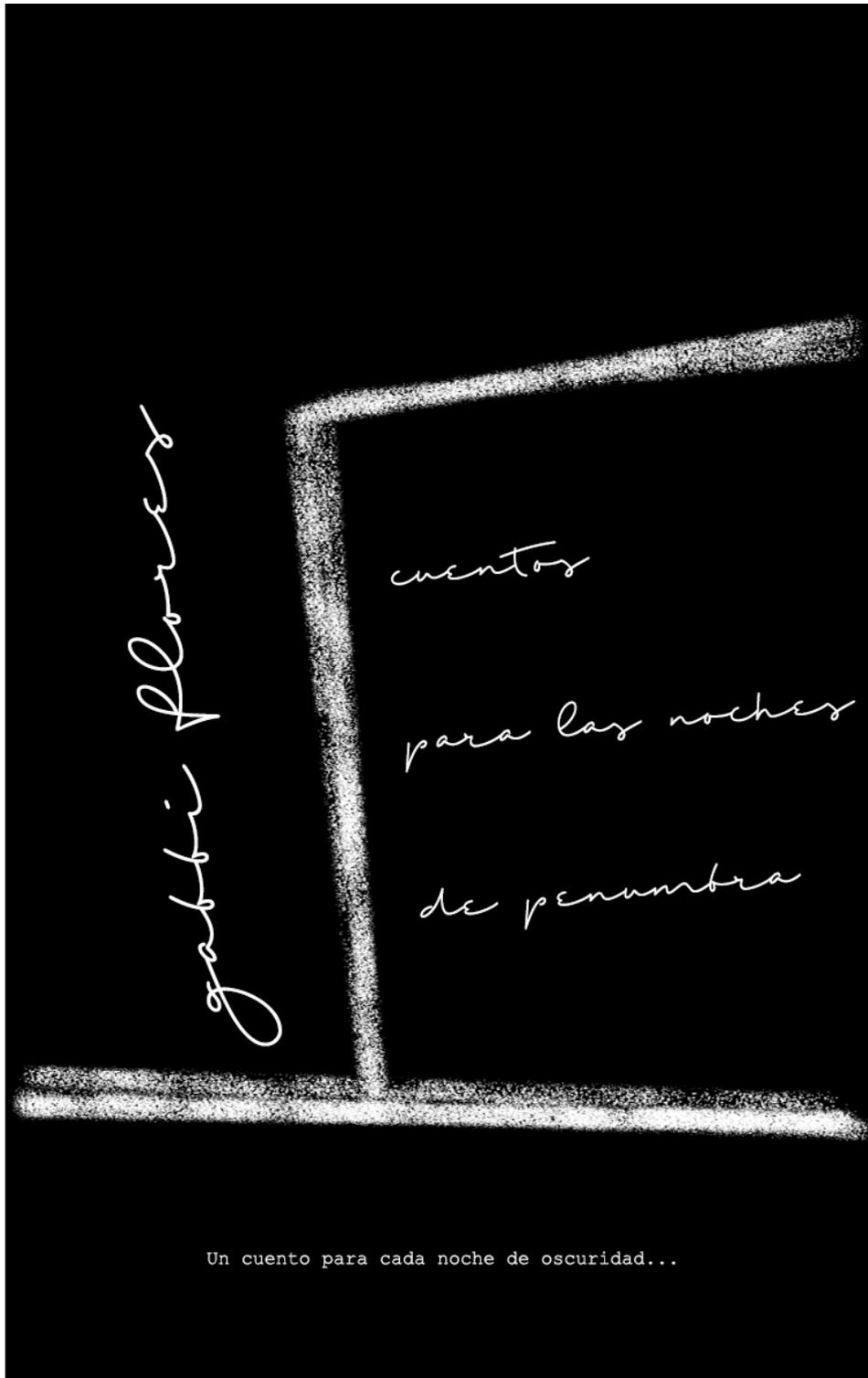


Cuentos para las noches de penumbra.

Gabbi Flores



Capítulo 1

Para la oscuridad, mi fiel amiga y compañera.

Estuviste ahí antes de que llegara la luz.

Octubre, 2018.

Capítulo 2

"... en la penumbra"

La negrura ha cubierto el horizonte.

*A veces, de pequeña, me gustaba refugiarme en las sombras;
entre los pliegues de la oscuridad solía encontrar la calma que necesitaba
y que me ayudaba a ver claramente.*

*Veía con desconcierto como la gente huía de las noches oscuras,
esperando con ansias la salida nuevamente del Sol;*

pero yo aprendí a aceptarla,

la convertí en parte de mi vida, de mi persona.

*Hoy, las sombras siguen siendo mi refugio,
el lugar desde de dónde puedo ver más claramente las estrellas;
y no, no es tan malo como todo el mundo te hace creer.*

Julio, 2018.

Capítulo 3

"Lullaby Song"

(Canción de Cuna, Tili Tili Bom)

Una sombra aguarda afuera esperando a que duermas,

una canción de cuna se queda suspendida en el aire.

Hay alguien allá afuera esperando por el llanto de un bebé,

hay alguien allá afuera esperando para robarle los sueños.

¿Por qué debemos amenazar a nuestros niños para que duerman?

¿en qué momento "Sandman" se olvidó de resguardar los sueños?

Aún recuerdo al "Coco" cada noche antes de ir a dormir,

bueno, recuerdo la idea que las canciones de cuna de mi abuela crearon en mi mente.

¿A dónde y por qué quería llevarme?

Parece que el insomnio es la peor pesadilla de los pequeños.

Los polvos mágicos del hombre de arena se han ido.

¿Qué hay en los sueños que es tanpreciado para estas criaturas?

¿Ahora quién resguarda nuestros sueños de las pesadillas?

Enero-Julio, 2018

Capítulo 4

El suave sonido de los copos de nieve, al chocar contra el cristal de las ventanas, se mezcla con el tic-tac del viejo reloj cucú que cuelga sobre la chimenea, creando una peculiar melodía; el crujir de la leña al ser consumida lentamente por el fuego acompaña de fondo. La tormenta no da tregua pero da la impresión de ser cálida; como si al tacto la nieve fuera tibia y suave, en vez de ser gélida y húmeda como en realidad la conocemos.

En el horizonte la oscuridad se pierde, volviéndose invisible. La noche está cayendo y viene acompañada de la soledad; pero hay alguien más que camina a su lado, esperando por el momento justo de la noche.

Por la ventana se aprecia como el invierno ha cristalizado el paisaje visible bajo una fina capa de hielo; la típica postal de los campos rusos se queda grabada en la memoria de la mujer que mira desde el interior de la cabaña.

Su pequeño bebé, de apenas un año, descansa tranquilamente en la cuna que se encuentra en la única habitación de la cabaña. El trabajo del día todavía no ha repercutido en su cansancio, aún queda tiempo para una rápida lectura. Toma un libro de la estantería y se sienta en la mecedora junto a la chimenea. El vaivén y el calor del fuego la relajan. Poco a poco sus párpados ceden a los efectos de la gravedad y las palabras comienzan a tornarse borrosas, deja el libro descansando sobre su regazo y permite que Morfeo gane la batalla.

El tiempo pasa. La leña se consume. El viento ya no susurra, grita cada vez con más fuerza, haciendo que el sonido de los árboles se vuelva más grave. La oscuridad se vuelve más densa en el exterior. Las sombras se vuelven invisibles en la penumbra.

De repente todo se calma. El silencio genera un ruido ensordecedor. Los árboles callan. Se escucha la ausencia de gente a cinco kilómetros de distancia. El cielo se apaga.

Es la calma antes de la tempestad.

Poco después el silencio se rompe de golpe. La tormenta llama a la puerta e interrumpe en la cabaña perturbando la tranquilidad del pequeño y su madre, parece que las imponentes montañas de los Urales no pueden contra el pesado viento que ha estallado. Las fuertes rachas han logrado

colarse por las rendijas y han apagado el fuego del golpe.

La mujer se despierta al oír el llanto del bebé. Se levanta tan inquieta que se olvida del libro y lo deja caer sobre la alfombra verde olivo que decora la estancia. Las palabras se han perdido entre las páginas. La oscuridad ha inundado la habitación y no la deja distinguir más allá de sus narices.

Busca desesperadamente el candil y las cerillas que están siempre sobre la mesa de centro. Palpa la superficie de madera sin tener cuidado alguno. Sus dedos golpean el objeto duro y frío que le generan un agudo dolor. Lo ignora. No hay tiempo para prestarle atención. Su bebé sigue llorando desconsolado en la habitación.

Toma las cerillas que están al lado y lo enciende. Antes de que el fuego consuma por completo la cerilla, la arroja a la chimenea y espera que la combustión haga lo suyo.

Se dirige apresurada a la habitación, su pulso se acelera, se agita cada vez más rápido, su respiración ya no es constante. Deja el candil sobre el buró que está junto a su cama. Toma al pequeño asustado entre sus brazos — ella también está asustada — y lo estrecha contra su pecho, se balancea suavemente con un ritmo constante para intentar calmar su llanto e intentar calmarse ella al mismo tiempo. La chimenea se ha encendido ya por completo y desde la habitación alcanza a observar el reloj. Es tarde, casi las once. El niño no puede estar despierto, debe dormir antes de medía noche.

No sabe si creer o no, pero prefiere seguir ignorando lo que sucederá si decide no creer.

El niño se ha calmado y ha dejado de llorar, pero no da indicio alguno de que quiera volver a la cama.

La mujer, más pálida de lo normal, decide regresar a la pequeña sala. Toma el candil pero no lo apaga, teme que el fuerte viento vuelva a sumir su casa en la oscuridad.

Coloca la mecedora más cerca de la chimenea y comienza a moverse con el pequeño acurrucado entre sus brazos. Está segura que con el calor del hogar el pequeño volverá a dormir. De sus labios comienza a escaparse una dulce tonada sin letra. Los sonidos y el ritmo parecen calmar al bebé, su rostro refleja la tranquilidad que la mamá no tiene. El tiempo sigue avanzando y los grandes ojos azules del niño se ven cada vez más despiertos.

Pasados diez minutos, la madre detiene de golpe la mecedora y el canto al mismo tiempo, ha decidido ya que no está funcionando. Debe intentar con

algo diferente.

Se levanta y se dirige a la cocina — aún más pequeña que la sala — con el pequeño entre sus brazos. Enciende la lumbre y pone a calentar un poco de leche. Gracias al frío incesante, la leche tarda más de lo normal en alcanzar la temperatura adecuada para el bebé. Han pasado diez minutos más y las manecillas continúan moviéndose. Antes de verter la leche en el biberón le agrega un poco de miel que saca de la estantería — ha tenido suerte de conseguir un poco antes de que entrara el invierno —. Agita la botella para que todo se mezcle bien y regresa con su pequeño nuevamente a la mecedora.

Al principio el pequeño no quiere comer pero la madre insiste sutilmente. Sabe que alimentarlo a ésta hora puede resultar contraproducente, pero antes de que decida no darle la leche, el pequeño abre su boca dejando a la vista unos cuantos dientecitos que comienzan a brotar de sus encías. Poco a poco bebe del biberón hasta dejarlo completamente vacío.

El bebé sonrío, ajeno a todo lo que sucede en el exterior, el toque de miel le ha gustado. La mujer suelta su largo cabello color dorado dejando que caiga por sus hombros hasta que acaricia el rostro de su pequeño; continúa meciéndolo un par de minutos más mientras este juega con los caireles de su madre.

Cuando ha decidido que ya ha sido suficiente, lo levanta de su regazo acomodando su cabeza sobre su hombro y comienza a darle pequeños golpecitos sobre su espalda sin dejar que el ritmo del vaivén de la mecedora se detenga. El ansiado sonido escapa de su boca como una mezcla entre alivio y satisfacción.

La pequeña nariz roza sutilmente su oreja; escucha cómo su respiración se suaviza, pero aún no se duerme. Dirige temerosamente su mirada al reloj. Son las once y media. El sonido del tiempo le taladra lentamente la cabeza. Ella sabe que el tiempo se acaba. Decide que ha llegado el momento de intentar con el piano.

Arrastra la mecedora ahora junto al pequeño piano que descansa junto a la ventana de la sala y la acondiciona con los cojines de los sillones para dejar al bebé recostado sobre ella. Le coloca una manta que ha traído de la habitación para mantenerlo caliente.

Desempolva el piano y busca entre las partituras que están sobre él. La encuentra debajo de todas. El papel parece viejo y está roído de las esquinas, pero es claramente legible.

Ha escuchado la canción un par de veces pero nunca la ha cantado, tiene miedo de que no le salga. Los dedos comienzan a temblarle antes de que toque la primera nota. Mueve ligeramente la mecedora para que el bebé

pueda arrullarse mientras ella toca — o intenta hacerlo —.

Su dedo choca contra la primer tecla, y luego la segunda y la tercera. La primer nota ha salido bien y eso la hace relajarse. La melodía comienza a llenar la habitación, ahora debe cantar.

"*Tilli tilli boom*" comienza. Y en los labios de su bebé se dibuja una sonrisa.

"*Zakroy glaza skoreye*" ("Cierra pronto tus ojos"). Y en cuanto pronuncia estas palabras el pequeño comienza a bostezar. Talla sus pequeñas manos contra sus ojos.

"*Kto-to khodit za oknom*" ("Alguien camina junto a la ventana"), continua; el viento arrastra los pequeños cristales del paisaje invernal contra la ventana de la sala. El ruido le produce un escalofrío que le recorre todo el cuerpo, pero no deja de tocar.

Mantiene la mirada fija en la partitura y sólo la desvía para mirar a su hijo. No mira por la ventana, algo en su interior le dice que no debe hacerlo.

"*I stuchitsya v dveri*" ("Y llama a la puerta").

El viento azota tres veces contra la pesada puerta de madera que se encuentra a su espalda. La pequeña cabaña cruje hacía sus adentros, pero el grave sonido no espanta al niño que ya comienza a quedarse dormido.

"*Tilli tilli boom*".

"*Krichit nochnaya ptitsa*" ("¿Puedes oír a los pájaros en medio de la noche?").

No se oye nada, sólo el viento que sigue su incansable lucha contra los árboles afuera. Un fuerte viento que arrastra un par de ramas que han perdido la batalla; se estrellan contra la ventana cayendo al pie de la casa.

"*On uzhe probralsya v dom*" ("Él ya está en camino a casa").

El sonido de unas pisadas comienza a crecer. El peso de unas botas de gran tamaño va dejando su huella sobre la nieve. El golpe produce un eco que logra callar al sonido del viento por momentos.

"*K tem, komu ne spitsya*" ("Para aquellos que no pueden dormir").

Parece que el niño ya se ha dormido. El sonido de las botas comienza a

alejarse, se pierde en el bosque y el viento lo calla.

La mujer quiere cerrar el piano e irse a la cama con su pequeño, pero debe terminar de tocar la canción hasta el final.

"*On idet...*" ("Él viene").

Las pisadas han dejado de escucharse.

"*On uzhe*" ("Él ya está...").

Ya no se escucha nada, la tormenta ha callado por completo.

"*blizko...*" ("Cerca").

El dedo meñique se le resbala y una nota aguda sale del piano. Se sobresalta, pero el bebé no se despierta; al menos no hasta que dos segundos después un pequeño pájaro se asoma del viejo reloj cucú para indicar que ya es medianoche.

El pequeño despierta y rompe en llanto. Es tarde, muy tarde. Deja de tocar y toma a su hijo entre sus brazos. Atraviesa la sala a toda prisa y se encierra en la habitación. Deja al pequeño que no ha dejado de llorar sobre la cama mientras ella mueve algunos muebles para intentar bloquear la entrada. Toma al niño y se acurruca con él en un rincón de la habitación. Pero ya es tarde, muy tarde.

"*Tilli tilli boom*"

Una voz grave y cuya dicción es apenas audible continúa con la canción. Parece venir de ninguna parte, como si el aire la trajera consigo desde muy lejos.

"*Ty slyshish', kto-to ryadom?*" ("¿Oyes, alguien está cerca?")

Gradualmente la voz comienza a crecer, llena la pequeña casa y parece venir de todas partes y de ninguna al mismo tiempo. Al llanto del bebé se le unen las lágrimas casi histéricas de la madre. Quiere gritar pero se ahoga con su propio miedo.

"*Pritailsya za uglom*" ("Escondido en una esquina").

La débil luz del candil parpadea frente a la oscuridad. Está a punto de consumirse por completo. La oscuridad se acerca peligrosamente.

"*I pronzayet vzglyadom*" ("Con una mirada penetrante").

Cuando la llama se extingue, la habitación se ve bañada por la negrura que reina en el exterior. Cuesta trabajo acostumbrar la vista entre las lágrimas y la oscuridad. Sólo se distinguen las sombras, sombras que no logra reconocer.

"Tili-tili-bom".

La voz ya no se oye como un susurro del viento, es una voz profunda que hace eco en la misma habitación. Grave, fuerte, pero con la misma dicción apenas entendible.

"Vse skroyet noch' nemaya" ("La noche silenciara todo").

La histeria aumenta. El bebé solloza. A la mujer se le han agotado las lágrimas.

"Za toboy kradetsya on" ("Él se escabulle hacia ti").

La madera de toda la casa cruje.

"I vot-vot poymayet" ("Y está a punto de atraparte").

Ya es tarde, muy tarde. Las sombras crecen. Él ya está aquí.

"On idet..." ("Él viene")

"On uzhe..." ("Él ya está...")

"blizko" ("Cerca").

"Tili-tili-bom".

Llamo al pequeño. El final de la noche se acerca.

"Ty slyshish', kto-to ryadom?" ("¿Oyes, alguien está cerca?").

Le digo a la mujer de cabellos rubios al oído. Notó como sus ojos azules están a punto de salirse de las órbitas. Su piel se eriza. Su miedo está a punto de dejarla inconsciente.

"Pritailsya za uglom" ("Escondido en una esquina").

Nota mi presencia a su lado. Estrecha fuertemente a su hijo entre sus brazos. Cierra fuertemente sus ojos, no quiere ver mi rostro.

Siente mi presencia a su lado. Su piel se eriza al sentir mi piel fría como la muerte.

"I pronzayet vzglyadom" ("Con una mirada penetrante").

Aprieta más los ojos. Busca evitar mi mirada, pero ella no sabe que no hay mirada. No hay un rostro para el miedo. La canción ha terminado. Ya no hay más notas, ya no hay más versos. Ya no hay más tiempo.

Me coloco frente a la mujer esperando a que abra los ojos y me mire. Sé que lo hará, tarde o temprano lo hará; todos terminan haciéndolo. Siento como su respiración rebota en mí no rostro, ella también lo siente. Estoy aquí.

Al igual que un par de pulmones llenándose de aire después de contener la respiración, ella abre sus ojos de golpe. Al verme, suelta el grito que ha estado conteniendo todo este tiempo. La silueta de una sonrisa se dibuja en el sitio donde debería estar mi boca. No, no hay rostro para el miedo, porque yo soy el miedo.

Ya no puede dejar de gritar, ha quedado tan impresionada que ya no le presta atención al bebé. Su hijo ya no llora, ya no grita, ya no se mueve, ya no le pertenece más. Es mío ahora.

La piel de mi rostro se desgarró y se abrió, la oscuridad de mi interior no permite que vea mis entrañas. Tomo a su pequeño hijo, que ya ha encontrado la calma, de sus brazos, y lo coloco en mi interior junto a los demás. Junto a todos aquellos que no han dormido.

La histeria de la madre llega al punto en donde de la locura la consumiré antes de que el sol salga. Me pongo en pie y me pierdo en la oscuridad de la habitación dejando a la mujer desconsolada en el rincón.

Dejo que la espesura del bosque me oculta, y los suaves copos de nieve rozan mi gruesa piel. Mientras sigo la oscuridad, me pregunto cuánto tiempo tardarán en hallar el cuerpo de la mujer de cabellos dorados.

¿A caso alguien nota cuando la muerte llama a la puerta de al lado?

Capítulo 5

"Primero la oscuridad"

Antes de la oscuridad, llega la muerte.

No, no hay luz al final del túnel;

no hay misericordia, ni tampoco hay humanidad.

Después de la muerte tampoco hay paraíso;

después de la muerte nos golpea la realidad.

Es cruda, fría y oscura.

Primero llega la oscuridad

y después ya no hay nada más,

sólo queda esperar por el fin.

Marzo, 2009

"Primero la oscuridad"

Antes de la oscuridad, llega la muerte.

No, no hay luz al final del túnel;

no hay misericordia, ni tampoco hay humanidad.

Después de la muerte tampoco hay paraíso;

después de la muerte nos golpea la realidad.

Es cruda, fría y oscura.

Primero llega la oscuridad

y después ya no hay nada más,

sólo queda esperar por el fin.

Marzo, 2009.

Capítulo 6

La humedad hace que el olor a muerte se acentúe en aquel viejo cuarto en ruinas, las paredes poco a poco van perdiendo la piel que alguna vez las revistió. Los charcos de algo cuyo color verdusco deja claro que no es agua, se hacen presentes a lo largo de lo que alguna vez fue una casa; la planta alta ha desaparecido, las ruinas al día de hoy se han desintegrado por la acidez que hay en el ambiente; las hojas que enmarcan el bosque que se distingue en el horizonte ya no son verdes, son negras, como si estuvieran de luto.

En un rincón de aquellas ruinas desgastadas se esconde un joven larguirucho, de cabellos rizos y aspecto desaliñado; está cansado, sus párpados lo delatan, hecho un ovillo aguarda pacientemente por lo que todos buscan eludir a cualquier precio. Cuando sus ojos están por ceder, y tal vez para no volver a abrirse más, el bullicio persistente de una muchedumbre lo obliga a abrir los ojos nuevamente.

Incertidumbre, reclamos, miedo, había un toque de miedo escondido en sus palabras.

— Quiero que todos se tranquilicen — una vez grave se alzó entre el bullicio de la gente —. Está claro que fue un animal salvaje el que ha hecho esto.

"¿*Qué era lo que estaba sucediendo?*" se preguntaba el joven. Poco a poco se fue incorporando pese al dolor que sentía en su cuerpo. Se acercó a lentamente hacía lo que antes había sido una ventana, quería observar mejor qué era lo que sucedía.

— Todos aquí sabemos el peligro que corremos si nos adentramos en el bosque —continuo hablando la misma voz que el chico aún no lograba ver de quien provenía —. Su necesidad y su hambre lo llevaron a tomar ese camino, nadie aquí lo obligó.

El hombre intentaba dar por terminada la discusión cuando alguien abruptamente hizo un comentario que volvió a sumir a todos los presentes en la incertidumbre.

— Pero su cuerpo fue encontrado en las periferias del bosque.

"*Un muerto*" pensó el joven. Sus ojos se abrieron como platos ante la sorpresa doble; primero por el hecho de haber hallado un cadáver inerte cerca de su último refugio, y segundo, hacía mucho que no se veía ningún animal salvaje cerca de la zona. Entendía la incertidumbre de la multitud

ante tal hallazgo.

La gente estaba arremolinada ante el cuerpo, pero a pesar del amontonamiento se dejaban entre ver unos pies heridos, cuyas llagas daban la impresión de que había estado corriendo por kilómetros, huyendo.

La muchedumbre se comienza a inquietar, el filo de la tensión podía cortar el aire. La situación estaba a punto de explotar y salirse de control, hasta que un hombre, uno de los más viejos toma la palabra.

— Lo mejor que podemos hacer por nosotros y por este hombre es enterrarlo y dar por olvidado todo lo que aquí ha sucedido.

El chico no se había movido de su sitio, estaba expectante ante la situación. Todos parecieron estar de acuerdo con su sugerencia, era lo más sensato que se podía hacer ante tal situación inesperada.

Las pocas personas que aún vivían en aquel lugar del mundo, sabían que al final del camino los esperaba la muerte, pero ninguno de los presentes quería llegar ahí antes de lo planeado. Podía parecer absurdo al ver las condiciones de vida de aquellas personas, pero ninguno quería morir.

— ¿De verdad vamos a enterrarlo? — todas las miradas se dirigieron hacia el hombre del cual habían provenido esas palabras.

Un extraño.

Si bien todos ahí no eran más que un simple grupo de desconocidos, todos eran extraños familiares; pero aquel misterioso hombre era un extraño entre los extraños.

Una fría tarde de invierno llegó con el viento del norte, su aspecto le pronosticaba sin duda alguna una muerte pronta, pero no fue así. Cuando su aspecto mejoró, semanas después de que un grupo de hombres lo hallaran en las periferias del bosque, no se marchó, se camuflajeó entre los extraños.

— ¿Por qué no habríamos de hacerlo? — refutó el hombre viejo.

Sin darse cuenta, el chico había abandonado su escondite y se había unido a la multitud. Tal vez era la curiosidad la que lo impulsará a estar presente, o tal vez no quería estar solo cuando lo que fuera que fuese a pasar, sucediese.

— Es carne — su respuesta había dejado absorta a toda la audiencia —.

Podemos comerla.

El silencio fue tomado como una respuesta afirmativa, nadie se lanzó una negativa. El anciano paseó su mirada por todos los presentes buscando una mirada de desaprobación ante aquella atrocidad que había salido de la boca del aquel hombre; estaba buscando esperanza en el infierno, pero el infierno está lleno de demonios que no buscan la salvación.

Bajo la mirada ante la decepción, intentaba ocultar la mezcla de vergüenza y asco que reflejaba su rostro; sin decir más, pues no había nada más que decir, se marchó. No estaba dispuesto a presenciar las atrocidades que estaban por suceder.

La escena que sucedió a continuación quedó grabada en la memoria de todos los presentes y los acompañaría por el tiempo que les quedara de vida.

El silencio fue cómplice de sus crímenes y la oscuridad su protectora.

Con cuchillo en mano, el hombre cuya mente había maquinado tal idea, se arrodillo frente al cuerpo de aquel desdichado y comenzó con la ardua tarea que implicaba desprender la carne de los huesos.

Comenzó por la por el estómago, la que creía la parte más blanda del cuerpo. El chico hubiera deseado que la herramienta de aquel hombre estuviera afilada, así aquel momento habría sido más rápido y menos repugnante de lo que en sí mismo ya era.

Cuando al fin cortó el primer trozo de carne, lo pasó al hombre que tenía más cerca; éste se limitó a guardarlo en uno de los bolsillos de su pantalón y sin decir una palabra se fue perdiendo entre las ruinas de lo que alguna vez fue una calle. Lo mismo sucedió con cada uno de los presentes.

Todos, sin excepción alguna aceptaron su trozo de carne, y algunos con cara de asco y otros tantos con cara de alivio, la guardaban entre los pliegues de sus prendas. Estaban a punto de convertirse en caníbales, pero no querían que el mundo lo supiera.

Para cuando el ocaso estaba a punto de dar paso a la fría noche, la gran mayoría de las personas había obtenido su ración de carne; y del cadáver de lo que antes había sido un hombre ya no quedaba más que es el puro esqueleto y una cabeza que hasta ahora había permanecido intacta.

— Por esperar tanto, te toca la parte más suave — le dijo el hombre al chico, extendiendo el pedazo de un glúteo que acababa de cortar.

El chico no pudo evitar responder a aquello con un gesto de repulsión. ¿Cómo sabía aquel hombre aquello sobre la carne humana?

— ¿Vas a tomarla, sí o no?

El enfado del hombre era notable, el enfado era consigo mismo y sus palabras. Agitó el trozo de carne frente a él con tal desenfado como si no se tratase de un trozo de ser humano.

El instinto hizo que el chico le arrebatara el trozo de carne al hombre; no supo en el momento si se la arrebataba porque le molestaba que redujera la vida de aquel hombre a un simple trozo de carne, o si muy en su interior deseaba poder comer un pedazo de carne sin importar su origen de procedencia.

Al final del día, cuando ya el sol se había perdido en el horizonte, todos — con excepción del hombre viejo —, habían vuelto a refugiarse entre las sombras de una ciudad muerta con un pedazo de carne entre sus manos, pero a cambio habían dejado la poca humanidad que aún conservaban; un trueque muy caro en el que parecía no haber ganador.

Ese día, marcó el inicio de la oscuridad en aquel lugar del mundo; después todo iría a peor.

Cuando el chico volvió a refugiarse en las ruinas de aquella vieja casa, su mente era caos y remordimientos, los ruidos que salían de su estómago no lo ayudaban a tomar la mejor decisión, era como el llanto del diablo; la carne era la manzana a la que Adán no se podía resistir, y al final todos sabemos como terminó esa historia.

Corto un trozo pequeño de la carne, lo suficiente para un bocado, la serpiente había ganado. Busco un par de cerillas que guardaba en su pequeña caja de tesoros, así era como el chico solía llamarlos; una caja metálica oculta bajo los escombros que resguardaba las cosas más simples que eran insólitas en este nuevo mundo.

Bajo unas notas, un carboncillo, unas viejas monedas y lo que quedaba de un par de postales del viejo mundo, se escondían cinco cerillas que había encontrado un par de meses atrás en las faldas de la cordillera, la caja estaba desgastada, pero su interior estaba intacto.

Tomo un poco de leña, de la pila que acumulaba para cuando el invierno llegara. Hizo una pequeña fogata y empalo el trozo de carne como si fuera una brocheta. Dejo que el fuego hiciera su trabajo.

El crisper del fuego le resultaba hipnotizaste, en sus ojos se podía ver el reflejo de las llamas, pero veían más allá. Sus ojos podían ver la oscuridad

y el infierno que todos acababan de crear.

Dejó que la carne se cociera tanto, hasta el punto de casi ser consumida por las cenizas. La tomó entre sus dedos pulgar e índice llevándosela lentamente a la boca, y se la pasó sin masticar, sólo trago esperando que el remordimiento y el asco no le hicieran volver el estómago.

Al final, todos habían conseguido un poco de alimento, si es que a eso se le podía llamar alimento, para la mayoría de los hombres era el primer alimento sólido en meses. La pregunta era, ¿qué seguía después?, aquel suceso, ¿les había salvado la vida o simplemente les estaba prolongando el sufrimiento?

No, no podemos decir que después de ese día todo fue igual aunque daba la impresión de parecerlo. Por fuera, todo se veía igual que hace mucho tiempo, pero por dentro todos tenían un miedo que para muchos era irracional. Se sentían observados y perseguidos, en el fondo, ninguno creía que la muerte de aquel hombre ocurrida hace un par de semanas hubiese sido obra de un ataque animal. El lobo estaba entre ellos.

Pasaron casi tres semanas antes de que la rutina se viera nuevamente perturbada. Ahora, había sido una mujer, su ropa estaba desgarrada, las entrañas estaban fuera de su cuerpo, pero al igual que la primera víctima, tenía los pies sangrantes y con llagas.

En esta ocasión la multitud guardó silencio, esperando que el extraño robusto de aquella vez volviera a ofrecer carne. El anciano se limitó a observar, esperaba que esta vez hicieran lo correcto, sobre todo porque entre las entrañas había un pequeño feto.

Un hombre joven ya se había adelantado y había comenzado a cavar un agujero bajo un viejo árbol en los límites del bosque. Nadie le prestaba atención, los ojos de todos buscaban al extraño, pero la vista del chico estaba puesta en él, aunque no se viera a simple vista, se podía ver su dolor.

"Tal vez se trataba de su esposa y su hijo" pensó el chico.

Tal vez, tal vez era su hermana, o tal vez no eran nada, sólo sentía pena y compasión por ella. Tal vez muchas cosas más; tal vez sólo buscaba hacer lo correcto. ¿Qué era lo correcto?

Cuando el hombre terminó de cavar un agujero no tan profundo, sólo lo suficiente como para que el cuerpo no quedara a la intemperie en poco tiempo; se desplomó sobre el hoyo, como si todo el tiempo hubiera estado cavando en aquella improvisada tumba para sí mismo, para que la muerte

lo acogiera bajo sus brazos. El ruido que hizo aquel hombre al desvanecerse rompió el silencio y todos pusieron sus ojos en él.

— ¡NOOOOOOOO! — el grito que salió de la boca desgarró la garganta del hombre gordo.

Todos se apresuraron a llegar al lado del hombre que creían había muerto, pero al parecer el estrepitoso ruido lo había traído de vuelta con los que aún seguían vivos.

— No vamos a enterrarla — protestó el hombre extraño al fin, despejando por completo las dudas de todos los presentes.

— Es una madre — protestó el hombre incorporándose pero sin abandonar el hoyo que le llegaba hasta la cintura.

— Es comida.

Las últimas palabras hicieron eco en la cabeza de todos, pero sobre todo del chico. Ya no había espacio para la duda, aquel misterioso hombre era el causante de todo. Todos los supieron al instante, pero nadie hizo nada, se había convertido en su verdugo pero también era su salvador.

Habían entrado en un callejón sin salida; estaban atrapados en un círculo de muerte y salvación. No sabían quién sería el siguiente, pero estaban seguros de que habría un siguiente, y uno más después de ese; así, hasta que el fin del mundo los alcanzara o la oscuridad que ellos habían creado los consumiera.

Nadie dijo nada, el hombre que había cavado por largo tiempo salió del poco profundo agujero y se alejó. No quería estar más entre esa gente que ya lo veía como un pedazo de carne. Lo sabía, era el siguiente.

Dos días después de la muerte de la madre, el cuerpo de aquel hombre fue hallado muerto en el agujero que el mismo había cavado, como si se tratara de una cruel broma de la vida. El animal ya no se escondía, caminaba descaradamente entre ellos, cada vez más gordo, cada vez más hambriento. La oscuridad se alimentaba de la muerte, y nunca era suficiente.

Ya nadie hacía preguntas, sólo asumían su papel dentro de la ecuación de la supervivencia.

Todos aceptaban la carne, nadie se quería a exponer a ser el siguiente en el estómago de alguien más, pero no todos la comían, sus cuerpos los delataban. El chico era el que menos había ingerido carne, se le notaba en

los huesos, el único bocado que había probado había sido aquella primera vez; pero era listo, la guardaba, porque sabía que tarde o temprano la podía necesitar. El pequeño costal de sal era uno de sus tesoros más preciados, y ahora, su herramienta para conservar la carne.

Ahora en su caja había tres trozos de carne, el primero, al cual le faltaba un pedazo ya, el de la mujer embarazada y el que pertenecía a la pierna del hombre en el agujero; pero las víctimas de los ataques habían sido más de las que habían sido exhibidas en público.

Poco a poco gente que pasaba desapercibida en este grupo de extraños había desaparecido. El primero fue el anciano, al día siguiente de la primera muerte, el hombre había desaparecido en el aire, pero nadie quiso darse cuenta; los siguientes cuatro o cinco, no los notó nadie, ni siquiera yo, pero el chico llevaba la cuenta, como quien cuenta sus días en prisión. Las marcas en la pared eran la única prueba de su existencia.

Las muertes, la carne, la deshumanización, ya eran parte de su vida; todo se había convertido en algo tan común que no importaba si la carne que se llevaban a la boca el día siguiente era de la persona junto a la que habían vivido o con quien habían cruzado palabra el día anterior. Todo se había convertido un ritual de supervivencia que se repetía a diario.

Pero todo fue diferente cuando al amanecer el cuerpo que se habían encontrado en los límites del bosque no le pertenecía a ningún extraño; a pesar de tener el rostro desfigurado y el cráneo completamente desecho, todos los presentes sabían a quién pertenecía ese robusto y grasiento cuerpo.

La muerte había cambiado de bando.

Su plan había fallado. La muerte se había puesto en su contra. Se había vuelto contra la mano que le daba de comer, porque ya su hambre era insaciable.

¿Especulaciones? Todas. Posiblemente alguien que no quería ser el siguiente en una lista de nombres olvidables, alguien que quería darle fin a esta inhumana situación; pero estaba la opción dos, la que más aterraba a todos, había un nuevo líder para ésta manada aterrada.

Salvador o verdugo, esa era la incógnita para todos los presentes, pero la duda se despejó cuando una voz se alzó entre la multitud.

— Hay que cortarlo — dijo el chico tomando el cuchillo entre sus manos y clavándolo en el pecho del hombre.

El balance entre la vida y la muerte puede cambiar de un instante a otro, para las pocas personas que aún vivían en aquel rincón del mundo ese

balance ya no existía, se lo habían devorado un bocado a la vez. Ahora estaban a merced de sus demonios.

Primero llegó la oscuridad, pero detrás de ella venía la muerte.